

# CULTURAS JUVENILES Y «REDES GENERIZADAS» Hacia una nueva perspectiva analítica sobre la contemporaneidad juvenil en Colombia<sup>1</sup>

LEONARDO MONTENEGRO MARTÍNEZ

Universidad Colegio Mayor de Cundinamarca<sup>2</sup>

Universidad Nacional de Colombia<sup>3</sup>

lmontenegro@unicolmayor.edu.co

lmontenegrom@unal.edu.co

Artículo de Reflexión    Recibido: febrero 17 de 2004    Aceptado: septiembre 27 de 2004

## Resumen

Este artículo discute algunos de los ejes conceptuales utilizados tradicionalmente en los estudios sociales sobre las *culturas juveniles*. En particular, el autor pone de manifiesto la relevancia de la *categoría de género* en el análisis antropológico de este fenómeno. Así mismo, plantea la necesidad de establecer una perspectiva relacional en estos estudios, donde se ubiquen en el mismo plano las categorías de género, clase (o cuerpo) social, localidad, generación, etnicidad e identidad, las cuales son fundamentales para el estudio de las *culturas juveniles*. Según el autor, sólo a través de una verdadera «puesta en red» de estas categorías se puede dar cuenta de las complejas posiciones de sujeto (individual y colectivo) que se articulan en la dinámica contemporánea de las *culturas juveniles*. Este trabajo se deriva del estudio etnográfico que el autor ha realizado con jóvenes *ravers* en Bogotá, Colombia, entre los años 2000 y 2004.

*Palabras clave:* Culturas juveniles, género, identidad, subjetividad, posiciones de sujeto.

## Abstract

This article discusses some of the conceptual pillars traditionally used in the studies of *youth cultures*. In particular, the author stresses the relevance of the *category of gender* in the anthropological analysis of this phenomenon. Moreover, he emphasizes the need to establish a relational perspective in those studies, where the categories of gender, social class (or body), locality, generation, ethnicity and identity are located, which are fundamental in the study of *youth cultures*. Only through a true «interactivation» of these categories can the complex subject positions (individual and collective) be illuminated that are articulated in the contemporary dynamics of youth cultures. This article is the result of ethnographic studies realized with young *ravers* in Bogotá, Colombia, between 2002 and 2004.

*Key words:* Youth cultures, gender, identity, subjectivity, subject positions.

<sup>1</sup> Las reflexiones sobre el tema han sido elaboradas, por una parte para mi proyecto de tesis en la maestría en Estudios de Género de la Universidad Nacional de Colombia (2000), y por otra dentro del proyecto «*Culturas juveniles: Identidad y consumo cultural* –un estudio comparativo en contextos urbanos en Colombia» financiado por la División de Investigaciones de la Universidad Colegio Mayor de Cundinamarca (desde 2003). Durante el 2001, participé en la investigación «Fisonomías

**LEONARDO MONTENEGRO MARTÍNEZ**

---

Culturas juveniles y «redes generizadas»



DETALLE, Tomado de *Portrait of a Generation*, Steffen, Taschen 1997

de lo público y lo privado en Bogotá: Identidad y percepción en espacios urbanos» llevada a cabo por el Instituto Colombiano de Antropología e Historia (ICANH) y el Centro de Estudios Socioculturales e Internacionales (CESO) de la Universidad de los Andes, financiada por Colciencias, lo que fue fundamental para el desarrollo de determinados temas de mi trabajo como la utilidad de la categoría de mimesis (v. «Moda y baile en el mundo *rave*. Sobre el concepto de mimesis en el estudio de las identidades juveniles» *Tabula Rasa*, 2003, 1:125-152). Quiero agradecer especialmente a la antropóloga María Angélica Ospina y al profesor Ulrich Oslender por sus aportes a este texto y a mi trabajo en general.

<sup>2</sup> Miembro del Grupo de Investigación en Culturas Juveniles.

<sup>3</sup> Estudiante del Doctorado en Historia.

### Introducción: Sobre las posiciones de sujeto

El eje argumentativo de este artículo lo constituye la exposición de la utilidad de una nueva perspectiva analítica en el estudio de las *culturas juveniles*, donde se hagan relacionales las categorías de *género*, clase (o cuerpo) social, localidad, generación, etnicidad e identidad, a través de los conceptos de *posiciones de sujeto* y *articulaciones de posiciones* planteados por Ernesto Laclau (1987) y Chantal Mouffe (1993) para el estudio de los movimientos sociales. Considero que el *género* nos puede servir como categoría ordenadora del conjunto social que representan las demás, para lo cual propongo la utilización de las categorías en forma de «redes generizadas».

Laclau señala tres conceptualizaciones tradicionales sobre los conflictos sociales: «1) La determinación de la identidad de los agentes dada a través de categorías pertenecientes a la estructura social; 2) la clase de conflictos determinada según un paradigma diacrónico-evolutivo; 3) la pluralidad de espacios del conflicto social reducida [...] hacia un espacio político unificado en el cual la presencia de los agentes [es] concebida como una simple “representación de intereses”» (1987:4). Sin embargo, las apreciaciones sobre los movimientos sociales nos muestran cómo la unidad de estos elementos ha desaparecido, en tanto ya no podemos identificar un grupo homogéneo con una identidad fija e inmutable, ni con una estabilidad permanente en su posición en las relaciones de producción ni en su posición como consumidor u otra de las características atribuidas a los agentes sociales. Por el contrario, estas posiciones no son estables ni impermeables a otras, así como lo político ya no hace parte de una esfera determinada separada de lo social, lo económico, lo religioso, etc.

Para Laclau y Mouffe, una forma útil para entender este fenómeno es constituida por las unidades de análisis que denominan «posiciones de sujeto» (Laclau 1987:6; Mouffe 1993:6). Aquella perspectiva nos permite ver cómo determinadas categorías han nacido de experiencias específicas, es decir, son producto de procesos históricos concretos, lo cual implica que una categoría determinada se articulará con las otras de forma diferente de acuerdo con los procesos propios, con lo

que no se puede garantizar la centralidad de ninguna de ellas en los diferentes casos. Por supuesto, esto supone que cada categoría depende de su *articulación*<sup>4</sup> con todas las demás en un contexto histórico específico, en donde los vínculos entre categorías son enlaces contingentes entre varias posiciones que son producto de los entrecruzamientos entre los discursos que tratan de proveer una articulación entre diferentes categorías y la materialidad de estas expresadas en las relaciones sociales concretas. Cada «conjunto de posiciones de sujeto vinculadas entre sí por medio de su inscripción en las relaciones sociales» incluye un sentido político, en la medida en que tales posiciones se caracterizan por el antagonismo y el conflicto (Mouffe 1993:7).

Para Laclau, «cada posición de sujeto está constituida dentro de una estructura discursiva esencialmente inestable, ya que está sujeta a prácticas articulatorias que, desde diferentes puntos de vista, las subvierten y transforman» (1987:7). De esta manera, las diferentes categorías, como producto de determinadas condiciones históricas, pueden ser parte «de la misma formación discursiva», es decir, «momentos diferenciales de una posición unificada del sujeto» o constituir «diferentes posiciones de sujeto» (Laclau 1987:7; Mouffe 1993:7). Ahora bien, tal situación que a nivel discursivo parece una posibilidad (la posición unificada) en la realidad social no lo es, ya que las diferentes posiciones siempre muestran diversos grados de «amplitud y ambigüedad» (Laclau 1987; Mouffe 1993). En consecuencia, no existen vínculos necesarios, «naturales», ni determinantes, pero sí existen constantes esfuerzos para «establecer entre ellas vínculos históricos, contingentes y variables» (Mouffe 1993:7), lo cual significa que el aspecto de la articulación es fundamental, en la medida en que cada «posición de sujeto» ha sido constituida «dentro de una estructura discursiva esencialmente inestable, puesto que se somete a una variedad de prácticas articulatorias que constantemente la subvierten y transforman» (Mouffe 1993:8).

En términos de Laclau, entonces, no hay posiciones de sujeto ancladas en un

<sup>4</sup> Mouffe llama «articulación» al tipo de vínculo que «establece una relación contingente, no predeterminada, entre varias posiciones» (1993:8).

<sup>5</sup> Sobre el concepto de hegemonía, v. «Entre consenso y hegemonía: Notas sobre la forma hegemónica de la política moderna» de Lawrence Grossberg en esta revista.

mismo lugar o con las mismas articulaciones aseguradas, «no hay una identidad social completamente adquirida que no esté sujeta, en mayor o menor grado, a la acción de las prácticas articulatorias. [Cuando estas] operan en terreno cruzado por proyectos articulatorios antagónicos, las llamamos prácticas hegemónicas. El concepto de hegemonía supone el de antagonismo» (Laclau 1987:7).<sup>5</sup> Antagonismo que no permite que *lo social* derive hacia *sociedad*, entendida esta como un «sistema estable y conceptualmente aprehensible de diferencias» (Laclau 1987:8).

«Las formas de racionalidad que muestra [lo social] son sólo aquellas resultantes de nexos contingentes y precarios establecidos por prácticas articuladoras. “Sociedad” como entidad racional e inteligible es consecuentemente imposible» (Laclau 1987:7). Esto supone, para Laclau, que no es posible que lo social sea visto como totalidad en la medida en que esta implica la inexistencia del antagonismo en su interior. Por el contrario, considero que las prácticas sociales que son el resultado de los discursos y las relaciones concretas y reales, que son antagónicas y se confrontan continuamente a través de un proceso dialéctico, pueden ser vistas como una totalidad, no como una unidad única, homogénea y estable, sino como una entidad dinámica en continua transformación dialéctica, de la cual el conflicto y la contradicción son elementos esenciales de las articulaciones de múltiples «posiciones de sujeto», las cuales, unas sin las otras, no tienen sentido. En otras palabras, dichas articulaciones hacen parte ya no de una unidad, sino de una red maleable y difusa, que sólo se puede entender cuando se ve en conjunto. Esto implica adoptar una perspectiva más amplia, pensar de forma contextual y holística, integrar los detalles y los procesos, y pensar en redes de factores interrelacionados.

La mirada holística que ha caracterizado la antropología implica, por un lado, concebir la investigación como un proceso íntegro y relacional, en el que no sólo el trabajo investigativo se organice en este sentido, sino que las categorías de análisis se entrelacen entre sí de tal forma que no son puntos aparte sino puntos de encuentro y de articulación de una misma red. Esta mirada holística implica que la realidad social no es algo fragmentario que se puede «estudiar» como una cosa (el «hecho social» de Durkheim), sino que es una totalidad compuesta por estructuras, funciones y dinámicas que hacen parte de un complejo cultural en el que las personas se encuentran inmersas. Cuando hablo de la necesidad de acercarnos a la realidad que nos interesa a través de una *puesta en red* de las categorías que utilizamos, lo hago con el fin de poder dar cuenta de las complejas posiciones de sujeto (individual y colectivo) que se dan en las sociedades.

Por supuesto, este acercamiento holístico no es nada nuevo en la antropología, en

<sup>6</sup> Con las que algunos autores quieren equiparar a las culturas juveniles, lo que no es más que una torpe y superficial mirada sobre unas y otras.

donde tradicionalmente se intentó mirar a las sociedades llamadas «primitivas»<sup>6</sup> como un «todo» en donde las diferentes «esferas» de la vida social estaban interrelacionadas totalmente. Esta visión ya estaba presente en Lewis Henry Morgan cuya metodología se basaba en el concepto de totalidad, con la cual consideraba fundamental tener en cuenta «el conjunto, el sistema, la totalidad, y no rasgos aislados» lo que se fundamenta en la idea de que «los hechos sociales o los objetos, por regla general, son poco significativos por sí mismos; importan en cuanto están relacionados con otros, bien porque los determinan, bien porque los

revelan» (Vasco 1994:260). Visión similar tenía Bronislaw Malinowski, quien entendía que la sociedad no era aprehensible desde una sola de sus partes sino en relación con un todo en el que desempeña una función particular pero en relación con las demás partes (Malinowski 1995; Vasco 2003).<sup>7</sup>

### Las categorías tradicionales usadas en los estudios sobre culturas juveniles

La trayectoria de los estudios sobre jóvenes abarca todo el siglo XX. Los trabajos realizados en la Universidad de Chicago a partir de los años 20<sup>8</sup> y en la Universidad de Birmingham a partir de la década de los 60 se constituyen como los estandartes de los estudios juveniles en el ámbito internacional. En el caso de Colombia, el Departamento de Investigaciones de la Universidad Central –DIUC ha producido una gran parte de las investigaciones sobre jóvenes.<sup>9</sup>

Debo indicar que mi trabajo en investigación con jóvenes ha estado atravesado por la categoría de *culturas juveniles*, distinta de otras categorías tradicionales como «desviaciones sociales», «tribus urbanas» o «nuevos movimientos políticos» (Marín y Muñoz 2002:10). No comparto ni la mirada como «desviaciones sociales», ni la de «tribus urbanas» –por razones que explicaré más adelante. En cuanto a la categoría de «nuevos movimientos políticos», considero que en la mayoría de los movimientos juveniles, por no decir que en todos, existe una mirada política, entendiendo la política a partir de elementos como «lo personal es político», consigna importante en el feminismo que va más allá de que el compromiso político obedece a intereses personales o la forma en que las determinaciones de los gobiernos afectan a las personas, para pasar a pensar en que toda preocupación personal es algo político (Hobsbawm 2003:334; Bochetti 1995:288-301). La política no puede seguir siendo pensada como el acceso a la toma de decisiones por parte de los gobiernos, sino que es la posibilidad de actuar, de pensar la realidad a partir de la condición de cada quien, de reflexionar sobre las condiciones materiales de existencia así como sobre los discursos y el lenguaje que permean las prácticas sociales.<sup>10</sup>

<sup>7</sup> Marx había señalado también que la sociedad debería ser estudiada como una unidad, no de manera parcial y fragmentada. Sin embargo, mientras Malinowski veía a estas diferentes partes del mundo social en el mismo plano, para Marx existía una estructura al interior de esa unidad, en la que no todos los elementos se encuentran en el mismo plano; mientras unos son determinantes, otros están subordinados: «la producción, la vida económica constituye el eje alrededor del cual se organizan y se estructuran todos los demás elementos de la sociedad» (Vasco 2003:14).

<sup>8</sup> Algunos trabajos representativos de la mirada de los jóvenes como sujetos marginales, como delincuentes pertenecientes a pandillas o bandas, fueron realizados por la Escuela de Chicago que desde los años 30 se estaba preguntando por el ecosistema urbano (Zarzorí 1999:sp; Feixas 1999; Marín y Muñoz 2002).

<sup>9</sup> Véase Serrano (1998b), Feixas (1998, 1999), Reguillo (2000), Marín y Muñoz (2002), entre los más relevantes.

<sup>10</sup> Véase el argumento de Ulrich Beck sobre cómo la juventud se ha visto interesada y profundamente afectada por elementos que la política tradicional ha desdeñado como la destrucción global del medio ambiente, el sexo, el amor y el sida, la esperanza y la muerte, siendo así que «los jóvenes practican una denegación de la política altamente política» (Beck 1999). Véase también Serrano (2004).

Las personas que la sociedad ha caracterizado como «jóvenes»<sup>11</sup> han sido vistas como problemáticas, anormales, peligrosas para el orden social y frecuentemente se les ha clasificado como delinquentes, drogadictas y pandilleras (Feixa 1999; Zarzuri 1999; Martín-Barbero 1998; Marín y Muñoz 2002). En general, el acercamiento a la juventud se ha hecho desde la noción de *joven-violento* en la que no sólo se le asocia con grupos «fuera de la ley» sino que se le ve como agente activo de la inseguridad que vive la sociedad actual (Martín-Barbero 1998:23). Esta mirada adultocéntrica ha estado permeada por la moral imperante que no logra entender que la dinámica social implica un cambio en donde la «norma» instituida por la cultura hegemónica se ve confrontada por las nuevas generaciones, no porque estas estén llenas de personas con problemas, sino porque la dinámica de la transformación cultural es de índole dialéctica.

Es decir, la cultura no es estática, se transforma permanentemente mediante la constante confrontación de sus supuestos por parte de los nuevos individuos a quienes no satisface lo que la sociedad ofrece como «lo que debe ser», siendo así que esto es visto como una anomalía por parte de un mundo adulto que representa el orden establecido, que ha olvidado que diversos sectores de las generaciones anteriores también fueron calificados a su vez como «jóvenes rebeldes» o «anárquicos».<sup>12</sup> Son las culturas juveniles las que se encuentran «reconstruyendo y creando nuevos modelos societales, nuevos valores y solidaridades, construyendo nuevas subjetividades» (Zarzuri 1999:sp). Esto, por supuesto, no quiere decir que todos los cambios que ocurren en la sociedad y, por ende, en la cultura, sean producto de las culturas juveniles, pero no podemos desechar el profundo impulso transformador de estas.

En general, este tipo de miradas sobre las culturas juveniles ha sido producto del creciente choque entre ellas y algunos sectores sociales,

<sup>11</sup> Ya Pierre Bourdieu ha señalado que la categoría de «juventud» es una construcción social atravesada por relaciones de poder e implicaciones de clase que determinan quién y cuándo se es «joven», así como qué es ser joven (Bourdieu 1990).

<sup>12</sup> No podemos olvidar que amplios sectores de la «juventud» siguen los preceptos del *statu quo*, así como no todas las personas «adultas» son representantes del orden establecido. Debemos cuidarnos continuamente de no caer en posiciones binarias y esencialistas que son insostenibles.

principalmente el mundo institucional, miradas que no pueden reconocer formas diferentes de *ser-estar* en el mundo, lo cual implica transformaciones en la forma de establecer relaciones, de mirar la sociedad o, por lo menos, la construcción de sueños diferentes. La juventud ha sido vista como una desviación o como algo incompleto, como una condición en proceso de formación para llegar a la adultez, es decir, en tanto no se han «realizado», se caracterizan por su inmadurez, inestabilidad, irresponsabilidad e improductividad, pero ser joven hoy, está transformando su sentido anterior para convertirse en un nuevo actor social (Martín-Barbero 1998:30).

Por otra parte, las agrupaciones juveniles han sido consideradas como parte del fenómeno llamado *neotribalización* (Maffesoli 1990), el cual hace referencia a que diversos grupos de jóvenes se organizan en torno a la idea de un colectivo de carácter *neotribal*, resultado del individualismo, la escasez de contactos y la aceleración de la vida moderna, y que se representa como una creciente anomia que se entrecruza con lo dionisiaco, la moda y el culto a la apariencia, entre otros elementos que conforman las denominadas *tribus urbanas* (Costa *et al* 1996; Pérez 1998).

Los investigadores que han tomado esta perspectiva han señalado cuatro elementos fundamentales en la configuración de la identidad de estos colectivos: 1) la *imagen* o reputación; 2) la *afectividad* o emocionalidad; 3) la *contestación* o resistencia a la oficialidad; y 4) la *mediatización* o propagación de imaginarios gracias a los medios de comunicación. Estos colectivos se convierten en espacios protectores para los jóvenes que tienen problemas de identidad y su carácter es transitorio e inestable, pero permiten a los jóvenes afrontar «la presión que el sistema ejerce sobre su identidad» (Costa *et al* 1996; Marín y Muñoz 2002). Por otra parte, la inestabilidad inherente a las tribus otorga a las personas la posibilidad de «evolucionar de unas a otras» (Maffesoli 1990). La «cultura de masas» de la sociedad moderna crea una masificación creciente, frente a la cual los individuos (y principalmente los jóvenes) reaccionan con el desarrollo de microgrupos denominados «tribus» (Maffesoli 1990; Costa *et al* 1996:33; Pérez 1998; Zarzori 1999:sp).

Los jóvenes que se ven marginados de la sociedad encuentran en estos grupos «primitivas formas de socialidad» que les permiten conexiones con sus pares a través de una mayor sensibilidad, a la vez que se afirman como ellos mismos y con el grupo, logrando una identificación que es expresada en la defensa de valores y territorios propios de la tribu y en el delineamiento de recorridos por la ciudad que son guiados por una lógica de sentir y tocar (Costa *et al* 1996:34; Zarzori 1999:sp). Para Costa y otros exponentes de esta mirada, estos jóvenes son influidos de tal forma por el sistema *massmediático* que no debe sorprendernos que el mundo juvenil no sea más que una fantasía de tipo hollywoodense en la que estos «rebeldes enmascarados» pretenden encarnar «películas al estilo *Rebelde sin causa*» (Costa *et al* 1996:35, énfasis en el original).

Esta imagen, que tiende a ser uniforme, posibilita a los miembros de estas «tribus» tomar como propios comportamientos y actitudes que reafirman la identidad y el sentido de pertenencia, como reacción a un sistema sociocultural de valores dominante que no se comparte. Esto implica el potencial de violencia que está presente en estos actores sociales, que están plagados de reacciones intensas y agresivas, lo cual sitúa a estos grupos en un estado liminal entre lo permitido y lo

que no lo es por la oficialidad. Estos grupos tendrán una clara fuente de inspiración en la música y el escenario deportivo, ya que pueden recibir de estos «un potencial de agregación masiva y de intensidad emocional» (Costa *et al* 1996:92).

Ahora bien, el término «tribu» es equívoco, ya que, en la antropología, este hacía alusión a organizaciones basadas en el parentesco, la afiliación a un grupo por nacimiento y eran representaciones de sociedades sin Estado que estaban en un estadio determinado de la evolución: la barbarie. De estas nociones se va a derivar el término de «tribalismo» que será una forma peyorativa de caracterizar los comportamientos colectivos (Bonte 1996:716), tanto de sociedades diferentes a la occidental como ahora para analizar «la aparición de microculturas o microsociedades; de *nuevas sociedades primitivas*» (Zarzuri 1999:sp, énfasis agregado). A pesar de esto, algunos autores se hacen preguntas sobre los hombres y mujeres jóvenes en este sentido: «¿qué hace que se nucleen y actúen como las antiguas tribus y clanes, construyendo de esta manera lazos y lealtades fuertes entre otras cosas, como las que podemos ver en estas agrupaciones?» (Zarzuri 1999:sp), lo que se califica como una búsqueda de afectos, de lazos comunitarios frente a la «creciente individualidad característica de la modernidad», por lo que se intenta «en el fondo, la recuperación de lo que hemos perdido, –aunque no en el sentido de la nostalgia de lo perdido– la vuelta a lo tribal, a lo afectivo-emocional, propio de la comunidad» (Zarzuri 1999:sp).

También se ha utilizado el concepto de *subculturas juveniles* por parte de diferentes investigadores (Lacalle 1996:59; Muñoz 1998b:268), cuyos elementos ya estaban presentes en los estudios sobre «bandas juveniles» en Chicago hacia 1915, generados frente al surgimiento de grupos de jóvenes con un aspecto fuera de lo común y comportamientos agresores al orden oficial, por lo cual eran considerados como delincuentes. Desde dicha época hasta los años cincuenta, la concepción de los investigadores sobre estos grupos estaría atravesada por la delictividad y la marginalidad: la desviación de la conducta gracias a factores sociales –no patológicos–, como los estudios del periodista Robert E. Park y la línea de la «ecología humana», además de otros investigadores de la Escuela de Chicago (Lacalle 1996; Feixa 1999; Urresti 2002). Posteriormente, los estudios sociales en esta área tomarían un giro centrandose su atención en los lazos de solidaridad que cohesionan a los grupos, en las diferencias intergeneracionales y el uso del tiempo libre (Lacalle 1996).

Sin embargo, no podemos pasar por alto la incorporación de las investigaciones de los Estudios Culturales con enfoque marxista en el decenio de 1970, las cuales sitúan a estas *subculturas* en relación con el concepto de *clase social* y proponen abordar el fenómeno marginal de dichos grupos como «resistencia a través de

rituales», en la cual surgen soluciones (como la diversión) a ciertos problemas de las clases bajas.<sup>13</sup> Lacalle considera que es allí donde surgen los dos ejes básicos que atravesarán los estudios británicos sobre el tema, y los define como uno marxista (jóvenes/clase social) y uno liberal (jóvenes/tiempo libre). Muñoz señala que las subculturas se han entendido a partir de las necesidades de crear y mantener una autonomía frente a los padres, por una parte, y la contradicción que implica la de mantener la identificación parental, por otra, pero advierte que esta idea proviene de «un enfoque de clase que no explica cómo cristalizan nuevas subculturas, de dónde nacen otros estilos de vida» (Muñoz 1998b:271, énfasis en el original), ya que además de lo anterior, las subculturas juveniles implican resistencias simbólicas, luchas contrahegemónicas y defensa de espacios culturales (Muñoz 1998b:271).

Ahora bien, algunos grupos no van a ser vistos como una *subcultura* sino como

<sup>13</sup> Véanse los estudios del inglés D. Downes para 1976, quien introduce el concepto de «disociación», *The Delinquent Solution*, Routledge, Londres, y de S. Frith, «The Punk Bohemians», en *New Society*, 43, 805, 9 de marzo de 1978, 535-536.

una *contracultura* (como los *hippies*), lo que de entrada significa relaciones entre uno y otro término, ya que determinados movimientos como los *hippies* y los movimientos estudiantiles se han considerado como *subculturas* con dos particularidades: «el poder del juego» que hace referencia a las ideas, creencias y valores que se oponen a la cultura dominante y de allí el término de *contracultura* que hacía referencia al abandono de

las posiciones y formas de vida consideradas «correctas» lo que de hecho representaba la asunción de formas de vida diferentes, nuevas prácticas sociales (Frith 2002:100) que para algunas personas tuvieron su fin con la desaparición del *hippismo* y para otras está presente en cada una de las culturas juveniles.

En este sentido diversas manifestaciones juveniles han estado ligadas a lo político porque algunas de sus expresiones se interpretan como tal. Sin embargo, a medida que se ha reconceptualizado lo político y se ha avanzado en el estudio de los movimientos sociales y lo político se hace visible en las prácticas cotidianas, en los intersticios que los poderes no pueden vigilar (Reguillo 2000:43), las culturas juveniles se ven como actores ya no esporádicos sino constructores de realidades diferentes. Por supuesto, por lo general se ha visto a los jóvenes a través de un prisma por el que se observan algunos de los roles que identificamos en ellos: estudiantes, trabajadores, etc. (Reguillo 2000:44).

Algunos movimientos como los *hippies* y los estudiantes se tornaron en manifestaciones de descontento político y social a nivel internacional (Feixa 1999; Frith 2002), especialmente cuando en algunos países los segundos eran el «único colectivo ciudadano capaz de emprender acciones políticas colectivas» (Hobsbawm 2003:300, énfasis en el original). Un ejemplo de esto lo fue mayo de 1968, cuando

las protestas estudiantiles se hicieron presentes en diferentes países del mundo como Francia, Checoslovaquia, Polonia, Estados Unidos y México –movimiento que terminaría en la trágica matanza estudiantil de Tlatelolco y que se repetiría en los años 1980 en la plaza de Tiananmen–. La represión de estos movimientos sería una seña evidente sobre la visión de los gobiernos ante los jóvenes, ya que, al ver el potencial de los movimientos estudiantiles para detonar revoluciones (Hobsbawm 2003:301) o, por lo menos, para cuestionar el orden establecido, instituyeron una pauta de conducta que deslegitima estas protestas como marcadas por la presencia de «adolescentes», es decir, de jóvenes sin criterio y además sin memoria. Algunos autores, sin embargo, han resaltado la capacidad transformadora de los jóvenes, lo cual se evidencia en la llamada «rebeldía juvenil» que se convierte para otros en sinónimo de delincuencia y llega a convertirse en un enemigo interior (Medina 2004:8). Tales posturas han legitimado la violenta represión de los estudiantes como aconteció el 7 de junio de 1929 y, posteriormente, el 8 y 9 de junio de 1954,<sup>14</sup> trágicas fechas para el movimiento estudiantil colombiano y que le abrirían paso a continuas atrocidades del Estado sobre los estudiantes universitarios de lo cual han sido testigos las décadas posteriores.

Los jóvenes estudiantes han sido calificados bajo los efectos de la irracionalidad, el entusiasmo, el desorden y, en este mismo orden de ideas, de «las pasiones revolucionarias» (Hobsbawm 2003:302). Tanto los estudiantes, como los jóvenes, no son grupos homogéneos sino que, por el contrario, existe una diversidad entre ellos que implica que no todos son proclives a cuestionar el sistema o el gobierno, el capitalismo o la guerra. Antes, como ahora, la mayoría de estudiantes han estado preocupados por la obtención de un título que les garantice el futuro (Hobsbawm 2003:302). Pero no sólo los jóvenes estudiantes, en su mayoría de sectores clase media, se organizaron en movimientos de algún tipo que pedían cambios en sentidos muy profundos y que promoverían la transformación de los parámetros de muchas sociedades en el mundo como lo fue la «revolución sexual». Otros grupos de jóvenes también expresarían en diversos momentos su rechazo a las formas de exclusión social o a las formas económicas o políticas vigentes, a la globalización o la destrucción del medio ambiente, en diferentes

<sup>14</sup> El 7 de junio de 1929 (hace 75 años), los estudiantes participaron activamente en las protestas urbanas que se llevaron a cabo por acontecimientos como la matanza de las bananeras (1928) y la mala administración del gobierno conservador de Miguel Abadía Méndez, entonces presidente de la República. Este trágico día sería asesinado, por la policía (quien disparó contra los manifestantes), el estudiante Gonzalo Bravo Pérez, quien será recordado junto a los ocho compañeros muertos el 8 y 9 de junio de 1954 «durante las actividades de recordación de los primeros 25 años del sacrificio de Gonzalo» (Medina 2004:12). 8 y 9 de junio, serán recordados como el *Día del Estudiante*, lo que para muchos jóvenes hombres y mujeres, colombianos no sólo hace parte de la historia del país y de la Universidad Nacional, sino es un referente de identidad y un señalamiento de la ignominia no sólo de los gobiernos sino de las administraciones universitarias que se han encargado de que cada año el número de víctimas asesinadas haya crecido.

formas, tanto desde los «cinturones de herrumbre» –*rustbelts*– con los jóvenes *punks*, hasta las redes organizadas contra la OMC o el FMI a través de la red Internet recientemente.

De esta manera, la radicalización política de los jóvenes ha estado presente de modos diversos y en distintas épocas de la historia de la gran mayoría de países en el mundo. Pero al tiempo que los jóvenes han rechazado el *establishment* político, social y económico, también han rechazado la mirada de los adultos sobre ellos como adolescentes, es decir, no adultos, o como seres marginales, automarginados, violentos, sin «valores», delincuentes o, más recientemente, como «personitas X» (Pla citado por Morales 2002:116).

Por supuesto, las culturas juveniles actuales a pesar de que rechazan la vinculación con los sectores tradicionales de la política y sus formas de acceder al poder, tienen clara su oposición a este mismo poder, al sistema, el maltrato de los animales, el peligro nuclear o la violencia policial entre otras cosas, como lo vemos en el caso del movimiento *punk* (Valenzuela 1998:43) o de los jóvenes *ravers* (Echeverry 2002). Las formas en que operan sus adscripciones identitarias así como su posicionamiento frente a un orden social excluyente son modos de «actuación política no institucionalizada» (Reguillo 2000:14).

Las culturas juveniles, al igual que algunos movimientos sociales actuales, han tenido su mayor visibilización y lugar de confrontación en el campo de la cultura, ya que su forma de acción no está adscrita únicamente al campo de lo laboral, sino que han dado un giro hacia la construcción de identidades colectivas que van a transformar las tradicionales formas de organización política, cuestionando no sólo a estas sino a toda forma de dominación cultural (Valenzuela 1998:43). En este sentido, las culturas juveniles son profundamente políticas, en la medida en que allí está inscrita una serie de relaciones sociales en un conjunto de posiciones de sujeto articuladas, las cuales son lugares de conflicto y antagonismo, implicando movilizaciones de carácter político que cuestionan abiertamente el orden establecido.

Los estudios sobre culturas juveniles, aunque hacen parte de la trayectoria de los estudios sobre jóvenes y son herederos de trabajos como el de Frederik Thrasher, quien en 1926 publicara su famoso *The Gang*,<sup>15</sup> no hacen parte de esta mirada criminológica en donde los jóvenes eran ubicados entre la norma y la desviación y en franca oposición a los valores de la sociedad (Feixa 1998, 1999; Marín y Muñoz 2002; Urresti 2002). Sin embargo, hacen parte de un proceso que desde diversas partes ha conducido a los estudios actuales,

<sup>15</sup> Frederik Thrasher, *The Gang. A Study of 1313 Gangs in Chicago*, University of Chicago Press, Chicago, 1963 [1923].

pasando por los trabajos que se interesaron en la década de 1960 por el uso de drogas, las formas de vestir y los desarrollos musicales, entre otras cosas, como forma de expresión que para los sectores parentales eran clara muestra de rebeldía y de oposición al orden establecido, y que para los investigadores eran muestras de diferencia y «reivindicación de formas de vida alternativas» (Urresti 2002:46).

Por supuesto, hay otros enfoques que van a hacer énfasis en la juventud como una etapa de transición a la adultez y en los fenómenos que provocan que, en nuestra sociedad, cada vez estos procesos sean más prolongados, lo cual quiere decir que hay una mirada sobre los ciclos vitales y los tránsitos entre unos y otros (Urresti 2002) y, sobre todo, sobre la generación de una moratoria social, lo que implica de nuevo una mirada sobre las clases sociales y la participación en una sociedad en donde circulan diferentes capitales en redes de mercados. De acuerdo con esto, el acceso a determinados capitales simbólicos está condicionado por la clase social, así como a determinadas instituciones como la universitaria que amplía la noción de juventud (Margulis y Urresti 1998; Serrano 2002), siendo así que «la universidad [...] es un gran sistema de adquisición de capitales culturales en general, que incluyen capitales educativos, lingüísticos, sociales, y que no sólo diferencian a los sujetos sino les permiten acceder a otros capitales, como el económico» (Serrano 2002:18).

Los sectores universitarios han constituido un lugar protagónico en los cambios que ha vivido la imagen de la juventud como lugar en donde lo político ha estado presente de forma muy evidente y en donde se han evidenciado algunos de los hechos más incontrovertibles del cuestionamiento juvenil a la sociedad, lo que llevó a que los sectores juveniles hayan sido concebidos como *contraculturas* pero con términos positivos, en donde ya no eran vistos como producto de la anomia sino como búsquedas de formas alternativas de vida que se contraponían al mundo establecido (Urresti 2002). Ahora bien, desde estos estudios de la década de 1960, se comenzó a hablar sobre los jóvenes desde los Estudios Culturales en la medida en que la dimensión cultural era en la que estos se hacían más evidentes (Urresti 2002:48).

Por una parte, se ha dejado de ver a la «juventud» como una fase antes de la

<sup>16</sup> Hobsbawm habla de la cultura juvenil, yo hago énfasis (al igual que otros autores) en *culturas juveniles*, debido a su diversidad.

adultez, para ser vista ahora como «una fase culminante del pleno desarrollo humano» (Hobsbawm 2003:327) pasando a ser así lo deseable, ser joven lo es todo, como bien lo señala el historiador inglés, después de los treinta años, ya es todo cuesta abajo. La segunda vertiente, se refiere a cómo las *culturas juveniles*<sup>16</sup> se han convertido en factores dominantes de las «economías desarrolladas de mercado», en parte porque

ahora representaba una masa concentrada de poder adquisitivo, y en parte porque cada nueva generación de adultos se había socializado formando parte de una cultura juvenil con conciencia propia y estaba marcada por esta experiencia, y también porque la prodigiosa velocidad del cambio tecnológico daba a la juventud una ventaja tangible sobre edades más conservadoras o por lo menos no tan adaptables» (Hobsbawm 2003:328). Por último, las culturas juveniles han tenido una gran capacidad para lograr una rápida y creciente internacionalización, para lo cual, por supuesto, el mercado, la educación y los medios masivos han sido fundamentales, así como otros elementos como los viajes y las nuevas migraciones.

Para Hobsbawm, las culturas juveniles se han convertido en epicentros de la «revolución cultural en el sentido más amplio de una revolución en el comportamiento y las costumbres, en el modo de disponer del ocio y en las artes comerciales, que pasaron a configurar cada vez más el ambiente que respiraban los hombres y mujeres urbanos» (Hobsbawm 2003:331). Esto implicó una serie de elementos propios como su carácter popular e iconoclasta y nuevas formas de relacionarse con el mundo a partir de normas y valores diferentes a los parentales, lo que incluye entre otras cosas el carácter paradójico de la relación entre las «expresiones auténticas» y las creaciones para los jóvenes desarrollados por los proveedores, es decir, por los dictámenes del mercado (Muñoz 1998a:201). Por otra parte, las culturas juveniles usan y reinterpretan lo que la sociedad ha puesto en circulación por medio de ese mercado y principalmente por los medios de comunicación (Serrano 1998a:242).

Como dice Carles Feixa, «en un sentido amplio, las *culturas juveniles* se refieren a la manera en que las experiencias sociales de los jóvenes son expresadas colectivamente mediante la construcción de estilos de vida distintivos, localizados fundamentalmente en el tiempo libre, o en espacios intersticiales de la vida institucional» (1999:84). El término *culturas juveniles*, permite hacer énfasis en la construcción de la identidad y no en la marginación, resaltando elementos como las estrategias y la vida cotidiana y no la delincuencia o, sencillamente, lo espectacular (Feixa 1999:85). Las culturas juveniles nos dan la posibilidad de pensar en términos que nos permiten ver el «lugar preponderante en la generación, transformación o desarrollo de modos de existencia, marcos de referencia, saberes singulares e incluso nuevas artes» (Marín y Muñoz 2002:24). Las culturas juveniles están conformadas por grupos de pares «que opera[n] sobre la base de una comunicación cara a cara, se constituye[n] en un espacio de confrontación, producción y circulación de saberes, que se traduce en acciones» (Reguillo 2000:14). Esto no debe hacernos olvidar, sin embargo, que algunos elementos de las culturas juveniles son formas de «expresión de inconformidad y rebeldía, rechazo a la autoridad, hostilidad contra la moral convencional y las instituciones adultas, que con frecuencia son interpretadas como forma de delincuencia y de primitivismo chocantes» (Muñoz 1998a:202).

### Una «red generizada» de categorías para el análisis de las culturas juveniles

La propuesta de Mouffe (1993, 1994) y Laclau (1987) está centrada en el análisis y comprensión de las nuevas luchas entabladas por los movimientos sociales y la posibilidad de una *democracia radical*, lo que significa profundizar la revolución democrática vinculando diversas luchas generadas por las diferentes posiciones de sujeto articuladas entre ellas de tal forma que permitan crear convergencias, con el fin de establecer equivalencias democráticas que permitan articular las diferentes reivindicaciones de los movimientos sociales. Mi interés no es equiparar en ningún momento las culturas juveniles y los *movimientos sociales*, a pesar de que comparten elementos. Sin embargo, los conceptos de Laclau y Mouffe de *posiciones de sujeto* y *articulaciones de posiciones*, permiten establecer una perspectiva relacional donde se ubican en el mismo plano las categorías de género, clase (o cuerpo) social, localidad (o territorio), generación, etnicidad e identidad, las cuales son fundamentales para el estudio de las culturas juveniles por lo que sólo a través de una verdadera *puesta en red* de estas categorías se puede dar cuenta de las complejas posiciones de sujeto (individual y colectivo). Para esto, quiero mostrar la relevancia de la *categoría de género* en el análisis antropológico de las culturas juveniles, en tanto esta categoría es fundamental, pero además en cuanto, como constituyente de la identidad de los individuos, permite ser un eje articulador de las otras categorías, para lo cual es útil la mirada conceptual de *posiciones de sujeto* y *articulaciones de posiciones*.

Mi intención en este trabajo es hacer énfasis en el uso de la categoría de género como eje articulador para el estudio de las culturas juveniles, lo que no implica olvidar o relegar otras categorías que son fundamentales y que deben estar entrecruzadas para poder entender o tener un mejor acercamiento a una realidad que es profundamente compleja y diversa. Se trata de crear una red de categorías entrelazadas en forma de red, en donde el género nos sirve como articulación. Las articulaciones que de allí pueden emerger las he denominado *redes generizadas* para el estudio de las culturas juveniles.

La categoría de género a la que recurro como eje conceptual tiene un antecedente importante en la propuesta de Simone de Beauvoir: «ningún destino biológico, físico o económico define la figura que reviste en el seno de la sociedad la hembra humana» (citada por Viveros 2000:33). Siguiendo la idea de esta autora no se nace mujer ni hombre, se llega a serlo gracias a un proceso de socialización que se da dentro de un entorno social específico. La historiadora Joan Scott, por su parte, define la categoría de género desde dos proposiciones: 1) Como elemento constitutivo de las relaciones sociales basadas en las diferencias que distinguen los sexos; y 2) como forma primaria de relaciones significantes de poder (Scott 1990:43-46; Tubert 2003:14).

Las actividades son formas de comportamiento específicas que constituyen los roles sociales asignados a hombres y mujeres, que implican a su vez unas determinadas relaciones sociales de género. En este sentido, el género es visto desde una perspectiva relacional según la cual la masculinidad y la feminidad sólo pueden comprenderse contrastándose entre ellas y como parte de una estructura mayor que es el género (Viveros 2000:34).<sup>17</sup> La categoría de género es ante todo una categoría relacional que nos permite acercarnos a las diferencias y señalar las asimetrías en esas diferencias (Reguillo 2000:90; Faur 2003:40), es decir, no sólo visibiliza los procesos de construcción identitarios a partir de un cuerpo sexuado, sino que muestra cómo las diferentes identidades que se construyen se hacen de forma relacional, bajo parámetros inequitativos producto de la historia de una sociedad patriarcal, falogocéntrica y sexista (Montenegro 2004), bajo la cual se establecen unas relaciones entre géneros atravesadas por el poder. En el caso que nos ocupa, no sólo hay unas relaciones determinadas al interior de las culturas juveniles, sino que quienes las han investigado han tenido una mirada sobre estas que ha invisibilizado a las mujeres jóvenes o, cuando menos, las han «nombrado» en un intento de hacer lo «políticamente correcto» (Reguillo 2000:90).

El concepto de género es básicamente una referencia analítica a un proceso de construcción social de lo que debe ser un hombre o una mujer. Es importante resaltar que es un proceso social y no un producto biológico; hace referencia a todas las diferencias entre hombres y mujeres que han sido construidas socialmente. Por ello, la diferencia con respecto al sexo es muy clara para muchas teóricas, en cuanto que este es biológico (Moore 1991; Castellanos 1994a, 1994b; Proequidad 1995; López 1997; Sabaté *et al* 1995), lo que ha demostrado ser problemático, ya que, como lo ha señalado Judith Butler, el «sexo» es construido no «como un dato corporal dado sobre el cual se impone artificialmente la construcción del género, sino como una norma cultural que gobierna la materialización de los cuerpos» (2002:19; v. Tubert 2003:8; Faur 2003:43).

<sup>17</sup> Mi escrito está marcado por la pertenencia a una *generación* y a un *género*, al igual que a unas condiciones materiales de existencia específicas que se traducen en una compleja adscripción identitaria atravesada además por la clase y la etnia. Como indica Haraway, «las teorías feministas sobre el género tratan de articular la especificidad de la opresión de las mujeres en el contexto de culturas que distinguen entre sexo y género» (Haraway 1995:220). No es mi intención negar o invisibilizar la opresión que viven las mujeres (o mejor, los diversos tipos de opresión), por el contrario, pero mi apreciación sobre el género es como una categoría relacional en la que diversas personas se ven constreñidas a inscribirse en un mundo masculino o uno femenino con base en un cuerpo sexuado, y este se da frente al otro, lo que en una sociedad heterosexual significa que *se es hombre* y por lo tanto *no se es mujer*, negando otras posibilidades que de hecho existen en nuestras sociedades pero son vistas como marginales.

Sin embargo, se habla del sistema sexo-género en cuanto a que es el sexo la primera y fundamental referencia que recibe un ser humano al momento de su nacimiento y que lleva a que sea inscrito en determinadas pautas culturales que

van a modificar el comportamiento de él/ella hacia las personas que le rodean y de estos hacia él/ella de la misma forma (Proequidad 1995; Faur 2003). Por supuesto, no podemos olvidar que esto significa que es un proceso mediante el cual las mujeres y los hombres son introducidos a determinadas prácticas sociales y se ven subordinadas a ellas (Haraway 1995).

A pesar de esto, no es el sexo el determinante de la totalidad de las diferencias entre hombres y mujeres, sino que estas están basadas en una diferenciación en cuanto a funciones, división del trabajo y relaciones simbólicas y de poder derivadas de las diferencias de género, o sea de la construcción social de las identidades masculinas y femeninas (Moore 1991; Castellanos 1994a, 1994b; Proequidad 1995; López 1997; Sabaté *et al* 1995). Esto es muy importante, pues como ya lo han señalado Mouffe (1993, 1994) y Laclau (1987), mujer u hombre no son más que categorías construidas dentro de diferentes discursos y no corresponden a alguna entidad homogénea de «mujer» u «hombre» que se enfrenten entre sí, sino que hacen parte de una «multiplicidad de relaciones sociales en las cuales la diferencia sexual está construida siempre de muy diversos modos» (Mouffe 1993:8). De esta manera, esta categoría nos ayuda a comprender a la formación de la identidad y la diferencia y la puesta en escena de estas representaciones sociales por parte de hombres y mujeres que manejan símbolos y prácticas sociales en tanto cuerpos sexuados.

### **La relación género, generación, clases sociales, identidad, etnicidad y territorio**

La *generación* es el primer gran eje articulador de los grupos juveniles en la medida en que los diferentes actores tienen un sentido de identificación generacional frente a otro que es el mundo de los adultos o el mundo del «orden establecido». Mientras la juventud es un periodo transitorio, la generación acompaña a las personas durante toda su vida, es decir, las generaciones jóvenes envejecen, lo que implica que hay cambios de status pero no de generación; por otra parte, a pesar de las diferencias de clase, las personas comparten el hecho de pertenecer a una misma generación, lo que no implica por supuesto que compartan de la misma forma las percepciones de una generación determinada (Margulis y Urresti 1998:7). Es decir, las personas que pertenecen a una generación específica, como por ejemplo la juventud norteamericana de los años cincuenta, no se vio afectada de la misma forma ni por los mismos movimientos en todos los sectores sociales. De ahí que, para la misma época, dentro de la juventud estadounidense pudiéramos encontrar los *beatniks*, los *hipster* o los *hillbillies*, que pertenecían a mundos radicalmente diferentes. Aunque compartieran su pertenencia a la misma generación, no estaban estructuralmente en posiciones iguales al interior de la sociedad

norteamericana, no tenían acceso a las mismas cosas y lugares. Es decir, a pesar de que todos fueran jóvenes de 18-25 años, no era lo mismo ser un joven blanco pobre (*hillbillies*), joven negro (*hipster*) o judío intelectual (*beatnik*), lo que no quiere decir que todos los jóvenes negros fueran *hipster*, ni que todos los *beatnik* fueran judíos, ni que todos los jóvenes blancos fueran pobres y menos *hillbillies*. Ni que decir de las jóvenes mujeres que ni siquiera aparecieron en los estudios hechos sobre estos jóvenes pertenecientes a la llamada cultura *underground* (Maffi 1975). De hecho, la categoría de generación que es tan importante ha negado la de género en la medida en que no se ha evidenciado la necesidad de visibilizar las relaciones existentes entre hombres y mujeres, ya no tan sólo heterosexuales sino de todas las personas, incluidas aquellas con sexualidades diferentes.

Frente a esto, cuando pensamos en «generación» es necesario preguntarse sobre *las* jóvenes pero frente a *los* individuos masculinos, ya que la posición de las mujeres en estos contextos puede no ser marginal sino estructuralmente diferente; esto quiere decir que pueden ser marginales, por el hecho de ser expulsadas de ámbitos netamente masculinos o, por el contrario, no serlo pero estar en posiciones subordinadas (Feixa 1999), siendo aquí una pregunta interesante no sólo cómo interactúan con los varones sino cómo lo hacen entre ellas. En este sentido es interesante profundizar en cómo se dan los procesos de conformación de la identidad entre mujeres y hombres, cómo se negocian y apropian los espacios en tanto hombres o mujeres de una generación determinada, y qué cambios, transformaciones o permanencias hay de una a otra; así pues, la mirada sobre y desde la generación debe tener una clara perspectiva de género. Esta categoría debe dotarse de elementos que permitan una lectura de identidades diferentes, configuradas a partir de posicionamientos diferentes a lo masculino y femenino o a partir de estos, pero en vías diferentes a las establecidas o inclusive a veces en su contra.

Ahora bien, si hago referencia a los procesos de conformación de la *identidad*, quiero señalar que sigo las proposiciones de Stuart Hall, quien señala que la identidad no es algo estático, realizado, representado en un cuerpo de prácticas culturales, sino que por el contrario es una «producción» incompleta en permanente proceso de construcción y que se «constituye dentro de la representación, y no fuera de ella» (Hall 1999:131). Para Hall, pensar la identidad cultural parte de dos supuestos contradictorios que sin embargo se complementan. Por un lado, encontramos la idea de que existen unos elementos esenciales, una «“naturaleza precisa” de carácter colectivo» en donde encontramos elementos «estables e inmutables y continuos». Y, por el otro lado, encontramos que la identidad cultural no es algo fijo e inmutable, sino que por el contrario es cambiante y fluctuante, que es importante el pasado sobre el que se ha construido, así como su contexto y su posicionamiento dentro de él, y que todo esto está atravesado por esas

categorías fundamentales que son la historia, la cultura y el poder, lo que quiere decir, en sus palabras, que «las identidades son los nombres que les damos a las diferentes formas en las que estamos posicionados, y dentro de las que nosotros mismos nos posicionamos, a través de las narrativas del pasado» (Hall 1999:132).<sup>18</sup> Esta mirada se puede complementar con lo propuesto por Manuel Castells, quien nos dice que «la identidad es la fuente de sentido y experiencia para la gente» (1999:28). Siguiendo a este autor, considero que la identidad es un proceso de construcción de sentido, el cual se realiza a partir de una serie de coordenadas geográficas, históricas, biológicas, memoria colectiva y relaciones de poder.

La identidad es relacional, es decir, se conforma en la interacción social: por una

<sup>18</sup> Por supuesto, tomo distancia de cualquier noción sobre la identidad que la presente como «una pizarra en blanco donde los sujetos pueden inscribir su identidad, borrarla y volver a escribirla, en la medida en que se lo permita o los inste a ello una red incoherente de relaciones personales en permanente expansión y cambio» (Gergen citado por Ortega 1999:75).

parte, se conforma a partir de la posición de los otros (Valenzuela 1998:44; Reguillo 1998:41,57) y, por otra parte, debemos tener en cuenta que las personas como seres colectivos, inmersos en una sociedad deben pertenecer a un grupo determinado como forma de reafirmar su identidad personal (Montenegro 1997). También podemos encontrar lo que Valenzuela ha denominado *red simbólica* y que hace referencia «a formas de identificación en las cuales los jóvenes participan en la conformación del sentido de la red. Es una suerte de comunidad hermenéutica, una red de sentido

que no posee una estructura de cohesión social fuerte entre el conjunto de quienes forman parte de la red. Las redes simbólicas son procesos de inter-reconocimiento entre los miembros de la red» (1998:44), con que lo que se hace referencia al mutuo reconocimiento entre *punks*, *ravers* o *funkies* de cualquier parte del mundo a partir de compartir músicas, estéticas o sentimientos.

Como vemos, la identidad a que hago referencia no es la noción clásica de la antropología que establecía que toda sociedad tenía un conjunto de normas que determinaban la posición de cada persona en un mundo direccionado desde los mitos y que proveía una serie de roles sociales predeterminados. Aunque esto no implica que se considerara la identidad inmutable, la mirada estaba centrada en los sistemas estructurales que sostenían la sociedad (Radcliffe-Brown 1972) o en las instituciones que la componían, así se reconociera el valor de los individuos que las componían (Malinowski 1995). Sin embargo, esos individuos «no modificaban radicalmente sus roles ni sus funciones» (Muñoz 1998a:198). Al contrario la mirada actual ve a las identidades como móviles, dinámicas, referidas a un otro, y no limitadas a los elementos tradicionales, sino siempre dispuestas a adquirir nuevos y controversiales elementos.

La construcción de la identidad se da a partir de una serie de identificaciones con sujetos que consideramos nuestros iguales, con quienes compartimos una serie de expectativas, gustos, educación, lugares y una apropiación y utilización del entorno y del mundo, pero al mismo tiempo se da frente a otro con el cual se hace latente que «la diferencia sexual es la primera evidencia incontrovertible de la diferenciación humana» (Lamas 1995:62). Esto quiere decir que la primera referencia identitaria es el cuerpo, con lo que podemos decir que la *identidad de género* hace referencia a la pertenencia al sexo femenino o masculino (lo que no implica su *identidad sexual*) ser mujer u hombre, pero esto nos lleva a que la identidad se construye con base en otras diferencias como lo es la clase y la edad (para no hablar de otros elementos como nacionalidad, religión, etc.). En palabras de Montecino, «El tema de la identidad [...] restituye un doble movimiento: lo particular y lo universal, por eso la constitución del sí mismo está atravesada por la unicidad y la multiplicidad. Así, el sujeto tomará los materiales de su identidad desde la cultura a la que pertenece; pero también de su clase, de su familia, de los modelos femeninos y masculinos en que ha sido socializado; por tanto, su conformación como sujeto será una experiencia que conjugará elementos singulares, intersecados por variables plurales: una clase, una cultura» (1995:266).

El género y la identidad, así como la juventud, no son elementos que se den por sí mismos, sino que deben ser atravesados por la categoría de clases sociales, en la medida en que no sólo se es mujer u hombre joven, sino que además se pertenece a un sector marginal o dominante, se es hijo de la clase explotadora o de la explotada, y esto marca diferencias gigantescas como joven, mujer u hombre, en las posibilidades de vida, y en la forma de apropiación del mundo, siendo así que la edad, el género y la clase son factores estructurantes de las culturas juveniles (Feixa 1999).

No podemos simplemente hablar de «jóvenes», sin tener en cuenta el contexto en el cual se ubican dentro de la sociedad, lo cual implica tener en cuenta la categoría de *clase social*, o aun mejor, de *clases sociales*. De hecho, ser joven fue algo reservado para las clases altas y sólo desde el siglo XX lo juvenil se extendió a otros sectores, pero de forma diferente, es decir, mientras la juventud de las clases altas se ve como deseable y algo que no se debe perder, tiene su antónimo en la juventud de las clases populares que se ve como «peligrosa» (Valenzuela 1998:39). Es decir, como señala Marx: «La población es una abstracción si de lado, por ejemplo, las clases de que se compone. Estas clases son, a su vez, una palabra hueca si desconozco los elementos sobre los cuales reposan, por ejemplo, el trabajo asalariado, el capital, etc.» (1973:21). Con esto se refería a que las personas forman las tres grandes clases basadas en hechos concretos como la renta del suelo para los terratenientes, la ganancia para los capitalistas y la fuerza de trabajo para el

caso de los obreros asalariados, siendo esta la base del régimen capitalista de producción (Marx 1977).<sup>19</sup>

Lo anterior es un punto de partida, pero no podemos tomar estos elementos tal como se nos presentan, ya que las clases sociales no son hechos permanentes y delimitados, al contrario son sistemas de relaciones que varían históricamente. Es por medio de estas relaciones que los grupos luchan por el acceso a bienes materiales y simbólicos en su esfuerzo por alcanzar las representaciones sociales legítimas (Bourdieu 1988).

Bourdieu nos aclara cómo las relaciones entre clases son también luchas por las distinciones y las clasificaciones, lo que se presenta en todos los grupos y espacios, y que no es más que la lucha simbólica por conquistar el poder. La compleja división de la sociedad en clases nos obliga además a superar la visión de estas en tanto agentes que mantienen una determinada relación con los medios de producción y ver cómo en realidad se observa una doble existencia: por una parte, encontramos que las clases existen bajo la forma de «historia objetivada» en donde encontramos instituciones, organizaciones políticas y dispositivos jurídicos en tanto agrupaciones dinámicas, lo que se ha llamado «clases en el terreno»; por otra parte existen como «historia incorporada», es decir, que se encuentran bajo la forma de *habitus* en la conciencia de los agentes y en sus representaciones sobre las formas de clasificación y distribución de los distintos capitales que circulan en la sociedad -ya sean culturales o económicos (Bourdieu 1988).

En el caso de las culturas juveniles, se presenta una paradoja que dificulta aún más el análisis de las clases sociales: en tanto jóvenes son personas sometidas a una jerarquía social que determina qué deben hacer, qué deben ser y cómo deben ser; son marginales por su estética corporal, sus formas de comunicación, el consumo de drogas,<sup>20</sup> etc. Pero al mismo tiempo son vistos como el futuro, como lo deseable, es más, la publicidad y el consumo están ligados a una idea de juventud y belleza que realiza unos valores corporales enmarcados en una producción económica y social.

<sup>19</sup> Debo aclarar que la sociedad que Marx llama «moderna» no está dividida al igual que la nuestra únicamente en estos tres sectores, situación que él ya había señalado: «También en la sociedad inglesa existen fases intermedias y de transición que oscurecen en todas partes [...] las líneas divisorias» (Marx 1977:817).

<sup>20</sup> El cual no es un problema en sí, sino el acceso problemático a las drogas y su relación con las miradas pobres, ingenuas y peligrosamente policivas que se dirigen hacia determinados grupos como por ejemplo las mujeres y hombres jóvenes.

De esta forma, es necesario implementar la noción de *cueros sociales* propuesta por Meillassoux (1998), en la medida en que nos permite tratar de entender «esas fases intermedias y de transición que oscurecen en todas partes las líneas divisorias» entre las tres grandes clases de que habla Marx. Con *cueros sociales*, Meillassoux

quiere entender los grupos poblacionales que no entran en la definición «estricta» de clases sociales, sino que por el contrario tienen funciones específicas que permiten mantener la existencia de la clase que los origina (Meillassoux 1998). Esto se debe complementar con las nociones de clase social, campo y *habitus* de Pierre Bourdieu, en la medida en que los elementos de estos dos autores se complementan y nos dan mayores posibilidades de análisis frente a una realidad compleja y dinámica como a la que nos enfrentamos.

A pesar de que determinadas corrientes musicales o, en general, algunos elementos simbólicos juveniles puedan traspasar las barreras de la clase y que personas de diferentes ámbitos socioeconómicos se identifiquen con ellos gracias a la pertenencia a un mismo grupo de edad, «los jóvenes no pueden ignorar los aspectos fundamentales que comparten con los adultos de su clase (oportunidades educativas, itinerarios laborales, problemas urbanísticos, espacios de ocio, etc.)» (Feixa 1999:93). Lo anterior no quiere decir que estos jóvenes se identifiquen totalmente con el mundo de sus padres; por el contrario, pueden sentir un vivo rechazo por la cultura parental y, sin embargo, vivir la contradicción de tener «intereses políticos y actividades de ocio [que] expresan valores típicamente burgueses» (Roberts citado por Feixa 1999:93).

Lo anterior expresa las contradicciones del mundo moderno, en donde las culturas juveniles, pueden entrar en franca lid con las culturas parentales, pero al mismo tiempo reproducir elementos del sistema que permiten su reproducción. Los jóvenes son socializados para asumir un lugar determinado dentro de la sociedad, pero, al mismo tiempo, originan cambios que trastocan pero fortalecen el sistema (Montenegro 1997; Feixa 1999).

Tampoco podemos olvidar que las personas *habitan un territorio*, que en este caso es urbano, una ciudad, que implica una pertenencia a un barrio pero también a una región (Pineda 1994:84; Feixa 1998) y a pesar de que algunos grupos juveniles compartan elementos estéticos y musicales con pares en otros lugares no es lo mismo ser joven en diferentes ciudades en diversos países del mundo. Las culturas juveniles, se apropian de espacios desde unas particularidades que están atravesadas por la clase social, el género y, por supuesto, lo local, lo que implica que las condiciones culturales, económicas y, en general, sociales son diferentes en la medida en que obedecen a dinámicas particulares. Aunque esto pueda parecer obvio, muchos de los estudios que se han realizado no muestran o ignoran aspectos diferenciales importantes, como el hecho de que no es lo mismo ser joven en sectores marginales a serlo en medio de la opulencia, no es lo mismo ser una

mujer joven de clase media en una gran ciudad, a serlo en una pequeña ciudad de provincia, no es lo mismo ser un joven metalero en una ciudad andina a serlo en una ciudad caribeña.

Al depender de todos estos elementos, «las culturas juveniles diseñan estrategias concretas de apropiación del espacio: construyen un territorio propio» (Feixa 1998:90). Las culturas juveniles se han apropiado de sectores de la ciudad que antes eran considerados como lugares de paso y que se han convertido ahora no sólo en lugares para el ocio sino también en lugares simbólicos que ahora son propios de determinados grupos que se convierten en espacios de adscripción identitaria. Esta apropiación del espacio también puede ser cruzada con la categoría de generación, pues cada una de estas elabora una memoria colectiva que está vinculada a determinados espacios de la ciudad (Feixa 1998:106; Zarzuri 1999; Muñoz 2004). Es necesario también tener en cuenta allí los espacios de la ciudad tomados como centros de socialización o como lugares simbólicos como plazas, parques, centros comerciales, las esquinas de los barrios pero también lo que Serrano ha llamado «escenarios de consumo» (1998a:243) y que bien pueden ser los anteriores o lugares como bares y discotecas, garajes y bodegas que por una noche o varias pueden ser lugares de encuentro para fiestas *rave*, o conciertos de *grunge* o *power*. De esta forma, las culturas juveniles crean territorios propios y los transforman de acuerdo a determinadas formas de habitarlos y de establecer una relación con los discursos dominantes que habían establecido usos que los jóvenes desvirtúan al resignificar el espacio que habitan.

Por otra parte, la categoría de género implica otros dos elementos que la definen y sustentan: los roles de género y las relaciones de género. Los *roles de género* nos

<sup>21</sup> Esto por supuesto tiene variaciones étnicas, de clase, de lugar, es decir, hay una clara diferenciación entre los procesos que se han vivido en países del llamado «Tercer Mundo» y los del «Primer Mundo», así como entre Oriente y Occidente. Son indudables los cambios en la situación de las mujeres durante los últimos 30 años, pero no podemos olvidar que esto ha sido para *unas* mujeres y no para la gran mayoría.

permiten hacer visibles los patrones específicos de las mujeres y los hombres en su relación con el entorno (movilidad, uso y percepción del espacio). Esto implica hacer explícita la división sexual del trabajo que generalmente asigna a las mujeres las tareas de la reproducción, constrañéndolas al cuidado del hogar y de los hijos, limitando de esa forma su participación en la esfera pública y que redundando en un carácter desigual de las relaciones de género que se establecen<sup>21</sup> (Moore 1991; Sabaté *et al* 1995). Un ejemplo de esto lo podemos ver en culturas juveniles en las que se reproducen estos imaginarios con otros roles: el músico y su novia o en otros términos «*su* nena», los cuales tienen roles definidos.

En pocas palabras, podemos decir que los roles de género describen quién hace qué, dónde y cuándo, permitiendo que identifiquemos cómo se reparten el trabajo,

la autoridad y el ocio entre hombres y mujeres. Esto, por supuesto, tiene amplias variaciones espaciales, generacionales y de clase.<sup>22</sup> Con esto hacemos referencia que las mujeres se apropian del espacio de una forma diferente en cada sociedad y esto tiene que ver con la clase social, la edad, la tradición, es decir, las mujeres bogotanas de hace cuarenta años (y muchas actuales) no podían (y no pueden) salir a divertirse en bares, tabernas o discotecas sin la compañía de hombres que las «invitaban» y se encargaban de su custodia, es decir, que nadie (otro hombre) les faltara al respeto, de pagar su consumo, de llevarlas a casa y «protegerlas». Ahora hay bares para mujeres en donde ellas no sólo asumen sus consumos sino que no necesitan un «galán» que las lleve a su casa, lo que hace un tiempo sería inimaginable (y lo sigue siendo para un gran sector de la población, incluidas muchas mujeres y hombres jóvenes). Esto, por supuesto, es para *unas* jóvenes, una elite de personas con acceso a un bienestar económico que les permite ir a bares o discotecas a divertirse, y por supuesto tienen un capital simbólico que se representa en estudios universitarios que han contribuido a que las mujeres puedan tener una mayor autonomía en la medida del acceso a trabajos, salarios, y otros elementos que varían la relación de ellas con sus padres y por supuesto con los hombres.

Sin embargo, la ciudad no se puede apropiarse de igual forma por hombres y

<sup>22</sup> Por ejemplo, así como dentro de las mujeres y hombres *harceros* las relaciones de género son «tradicionales», entre las mujeres y hombres *ravers* las relaciones son profundamente subversivas del orden patriarcal establecido.

mujeres, gran parte de esta sigue siendo prohibida para las mujeres en la medida en que aumentan las posibilidades de agresión contra una persona (robos, violaciones, manoseos) si es una mujer a si es un hombre. Por otra parte, las mujeres jóvenes en su mayoría son de los sectores populares y por supuesto pueden ir a los bares, pero como meseras o aseadoras. Es decir, las formas de apropiación del espacio (de la ciudad o del campo) es diferencial en cuanto a se tienen imaginarios diferentes sobre las mujeres (débiles), los hombres (fuertes), si son de sectores pudientes o populares, si son «hermosas» o no. Esto hace parte además de un conflicto permanente por parte de las mujeres jóvenes principalmente por ampliar sus territorios de movilización y las horas en que pueden hacerlo, que hace parte de la continua lucha por autonomía y las posibilidades de ser ellas mismas frente a las generaciones anteriores (padres, madres o abuelos y tías, etc.), frente a los hombres concretos (novios, amigos, hermanos) y, en general, frente a una cultura patriarcal que se refleja en lo anterior, pero también en los idearios sobre las «buenas» mujeres que deberían estar en sus casas o en compañía de hombres que las «las protejan y las respeten».

Por supuesto, este es tan solo un ejemplo, pero la apropiación del espacio por parte de hombres y mujeres está atravesado por el género y las otras categorías y afectan al mundo rural y el urbano, el trabajo y la familia, la vida privada y pública. Es decir, hay espacios masculinos y femeninos, lo que cambia con la clase social y el acceso a determinados capitales simbólicos y económicos, de acuerdo con diversos órdenes de los cuales el género puede servir como eje articulador en la medida en que el espacio tiene que ver con los roles que pueden jugar o no las personas en él.

Esta teoría de los roles, por otra parte, se ha aplicado para explicar la concentración de las mujeres en determinados sectores de la actividad económica y sus dificultades al entrar en espacios o realizar actividades que se consideran masculinas. Esto se debe complementar con una mirada sobre lo que se llama *relaciones de género* que implica ver cuáles son los procesos, prácticas o estructuras que propician la subordinación de la mujer, la desigualdad entre sexos. (Sabaté *et al* 1995). De esta forma se considera que en la mayor parte de ámbitos espaciales, sociales y temporales existe una relación de subordinación de las mujeres con respecto a los hombres. Sin embargo, esto experimenta una gran diferencia tanto a nivel regional, de clase y étnico, siendo así que en el mundo existen transformaciones en esas relaciones de poder lo que va ligado además a la conformación de nuevas formas de asumir la masculinidad y la feminidad.

Por último, nos falta resaltar la importancia de lo étnico en la configuración de las posiciones de sujeto que, al igual que las anteriores, es una categoría problemática. Se considera que cada grupo humano tiene una conciencia de su particularidad cultural frente a otros grupos, y esto sería la *etnicidad*, lo que la convierte en posicionamiento político. La etnicidad estaría sustentada en una serie de factores que incluyen los mitos, la tradición oral, la historia religiosa y por supuesto la identificación con un territorio, entre otras cosas (Greaves 2002:276-277). La etnicidad está ligada (lo que no significa que sean términos intercambiables) a la etnia, es decir, en términos antropológicos convencionales, «un conjunto lingüístico, cultural y territorial», cambiando el énfasis del sentimiento de pertenencia a una colectividad o a la comunidad lingüística, lo que hace a cada etnia «una entidad discreta dotada de una cultura, de una lengua, de una psicología específicas» (Taylor 1996:258). Esto por supuesto ha estado en discusión y ha derivado hacia nociones que se centran en las adscripciones identitarias cuyo mantenimiento depende de las relaciones y las diferencias culturales con los *otros* y las fronteras que se establecen o se disuelven con estos, lo que se complejiza con el señalamiento de la etnicidad como construida por la antropología o por la misma comunidad con el fin de obtener objetivos políticos, lo que se hace muchas veces con base en las construcciones realizadas por los «especialistas» y que fueron muchas veces negadas

por las mismas comunidades pero que verían en estas un valor práctico (Taylor 1996:258).<sup>23</sup>

En este escrito me baso en las ideas de Stuart Hall y su propuesta de una definición maximalista de etnicidad y que Restrepo ha definido como *etnicidad sin garantías*, la cual delinea como «un entramado conceptual para análisis anti-anti-esencialistas y no reduccionistas de la etnicidad que demanda una historización y contextualización radical» (Restrepo 2004:23). Para Hall, la etnicidad está basada en dos elementos que serían la articulación y el no-esencialismo. La articulación es «el no necesario vínculo entre dos planos o aspectos de una formación social determinada, es decir, una clase de vínculo contingente en la constitución de una unidad» (Restrepo 2004:36), lo que implica que existen condiciones históricas que hacen posible que el vínculo se establezca, pero aun cuando las condiciones se den, no significa que automáticamente el vínculo se produzca. La articulación depende del proceso histórico en el cual está inscrita y dependerá del contexto en que emerja (Restrepo 2004:36). El concepto de articulación hace referencia a que «existe una “no necesaria correspondencia” entre las condiciones de una relación social o práctica y las diferentes formas como puede ser representada» (Restrepo 2004:38), lo que de entrada es una crítica a los dos tipos de esencialismos presentes en las teorías sobre la etnicidad: por un lado, el enfoque esencialista (esencialismo por afirmación) que indica una *necesaria* correspondencia entre prácticas sociales, por ejemplo entre clase social e identidad social; por otra parte, tenemos un anti-esencialismo (esencialismo por negación) que plantea que hay una *no necesaria correspondencia* entre esas prácticas sociales, frente a lo cual la posición de Hall es anti-anti-esencialista por los motivos que he referido.<sup>24</sup>

Uno de los elementos clave de la propuesta de Hall es su señalamiento de que todo el mundo tiene una etnicidad, en la medida en que todas las personas, vienen de una tradición cultural, de un contexto histórico y cultural, que es la fuente de producción de sí mismos, lo que es útil no sólo para el análisis de determinados grupos considerados como étnicos (indígenas y negros para el caso colombiano), sino que es una categoría que, como el género, cobija a todas las personas, incluidas las inglesas.<sup>25</sup>

De aquí se deduce que el género, la clase y la etnicidad perpetúan la sociedad de clases que en sí es desigual y que la ilusión liberal de la superación económica que depende solo del esfuerzo personal es una trampa ideológica que oculta la desigualdad. Esto se evidencia en el estudio de las culturas juveniles en donde determinadas expresiones y formas de *ser-estar* en el mundo son asociadas a determinados

<sup>23</sup> Eduardo Restrepo (2004) hace un recorrido por las tendencias más relevantes sobre la etnicidad.

<sup>24</sup> Sobre esta discusión v. Restrepo (2004).

<sup>25</sup> Véase el estudio del Stoler (1991).

grupos étnicos (los negros, e.g.), cruzados por la noción de clase en donde se asocian la pobreza (una forma de naturalizar la explotación) y la delincuencia juvenil como producto de determinadas etnias que condenan a los individuos desde su nacimiento a unas determinadas condiciones de existencia. Sobre esto debo resaltar que aun falta (por lo menos en una ciudad como Bogotá), trabajar cómo son los entrecruzamientos entre lo juvenil y lo étnico, sin olvidar por supuesto las otras categorías que he mencionado.

### **Conclusión: *redes generizadas***

Ha sido mi propósito en este artículo mostrar la utilidad de una nueva perspectiva analítica en el estudio de las *culturas juveniles* basada en los conceptos de *posiciones de sujeto* y *articulaciones de posiciones* planteados por Ernesto Laclau y Chantal Mouffe. Considero que es necesario hacer una «puesta en red» donde se hagan relacionales las categorías de *género, clase* (o *cuerpo*) *social, localidad (territorio), generación, etnicidad e identidad*, para dar cuenta de las complejas posiciones de sujeto (individual y colectivo) que se articulan en la dinámica contemporánea de las culturas juveniles. Por otra parte, considero que el *género* nos puede servir como categoría ordenadora del conjunto social que representan las demás, por lo que propongo la noción de *redes generizadas*, como una perspectiva analítica de tipo holístico que nos permita una mayor comprensión del fenómeno que nos interesa.

Es necesario ver las diferentes categorías que utilizamos para entender los procesos sociales como elementos interrelacionados a través de múltiples entrecruzamientos, en los que las complejas articulaciones entre unas y otras están señalando *posiciones de sujeto* que son inaprensibles en los términos de las teorías clásicas. Esto implica primero que todo el reconocimiento de que el sujeto ya no es una categoría que represente una unidad que es proveedora de significación racional dentro de una estructura social, diáfana y ordenada. Por el contrario, se ve ahora al sujeto como producto de diferentes posiciones dentro de esa estructura que no son alternas o continuas, sino que contradicen toda lógica y están en estas posiciones al mismo tiempo. Es decir, el sujeto está atravesado por varias formaciones discursivas que son además las representaciones a nivel simbólico y del lenguaje de condiciones reales de existencia, así como de la ideología que las domina.

Una forma de aprehender esto es la de «poner en red» las diferentes categorías, lo que implica tener una mirada holística sobre las culturas juveniles. Lo que nos lleva a ver la investigación como un proceso íntegro y relacional, en el que no sólo el trabajo investigativo está organizado en este sentido, sino que las categorías de análisis se entrelazan entre sí de tal forma que no son puntos aparte sino *puntos de*

*encuentro y de entrelazamiento de una misma red.* Esto no implica que la sociedad, o las culturas juveniles, sean un todo íntegro y homogéneo, sino que debemos tener en cuenta las múltiples facetas de una realidad, en donde materialidad y discurso se entrecruzan y las diversas posiciones de los sujetos y las articulaciones de estos no están determinadas sino contingentes.

Propongo la categoría de género como eje articulador en la medida en que atraviesa totalmente los diferentes niveles y conflictos de la sociedad, nos habla de la constitución, producción y construcción de las masculinidades y las feminidades, atraviesa tanto el ámbito privado como el público, así como la constitución de la identidad, las formas de apropiación del espacio o territorio, las reconfiguraciones locales de las relaciones sociales y las expresiones concretas y discursivas de clase. Como ha señalado Ortega «El conflicto de género es probablemente la expresión más completa y al tiempo reveladora del resto de tensiones que se dan en una sociedad. Aun tratándose de un ámbito que tiene su propia lógica y sustantividad, se trata, sin embargo, de un catalizador a través del cual pasan y se miden los demás conflictos de una sociedad» (1999:78). Puede parecer sorprendente entonces que, hasta ahora, la categoría de género haya sido marginal en los estudios sobre culturas juveniles. Ha sido el propósito central de este artículo argumentar a favor de llenar esta laguna y de examinar a las culturas juveniles a través de una perspectiva de «redes generizadas».

### Bibliografía<sup>26</sup>

Beck, Ulrich. 1999. *Los hijos de la libertad*. FCE, México.

Bochetti, Alessandra. 1995. *Lo que quiere una mujer. Historia, política, teoría. Escritos, 1981-1995*. Cátedra, Madrid.

Bonte, Pierre. 1996. «tribu». En *Diccionario Akal de etnología y antropología*. Bonte, P. y M. Izard. (eds.). 716-717. Akal, Madrid.

Bourdieu, Pierre. 1990. «La “juventud” no es más que una palabra». En *Sociología y cultura*. 165-173. Grijalbo, México.

\_\_\_\_\_. 1988. *La distinción*. Taurus, Barcelona.

Butler, Judith. 2002. *Cuerpos que importan. Sobre los límites materiales y discursivos del «sexo»*. Paidós, Buenos Aires.

<sup>26</sup> Todas las referencias bibliográficas electrónicas fueron revisadas por última vez el 30 de octubre de 2004.

- Castells, Manuel. 1999. *La era de la información: Economía, sociedad y cultura. El poder de la Identidad*. Volumen II. Alianza Editorial, Madrid.
- Castellanos, Gabriela. 1994a. «Introducción. Género, discursos sociales y discursos científicos». En *Discurso, Género y Mujer*. 9-18. Universidad del Valle, Santiago de Cali.
- \_\_\_\_\_. 1994b. «Desarrollo del concepto de género en la teoría feminista». En *Discurso, Género y Mujer*. 19-48. Universidad del Valle, Santiago de Cali.
- Costa, Pere-Oriol, Pérez, José Manuel y Fabio Tropea. 1996. *Tribus urbanas. El ansia de identidad juvenil: entre el culto a la imagen y la autoafirmación a través de la violencia*. Paidós, Barcelona.
- Echeverri, Eva. 2002. «Construcción de formas subjetivas en la escena techno de Bogotá». Monografía de grado para optar al título de politóloga, Universidad de los Andes, Bogotá.
- Faur, Eleonor. 2003. «¿Escrito en el cuerpo? Género y derechos humanos en la adolescencia». En *Género, sexualidad y derechos reproductivos en la adolescencia*. Checa, S. (comp.). 37-75. Paidós, Buenos Aires.
- Feixa, Carles. 1999. *De jóvenes, bandas y tribus*. Ariel, Barcelona.
- \_\_\_\_\_. 1998. «La ciudad invisible. Territorios de las culturas juveniles». En *Viviendo a toda. Jóvenes, territorios culturales y nuevas sensibilidades*. Cubides, H. et al (eds.). 83-109. Universidad Central-Siglo del Hombre Editores, Bogotá
- Frith, Simon. 2002. «Contracultura». En *Diccionario de teoría crítica y estudios culturales*, Michael Payne (comp.), 100. Paidós, Buenos Aires.
- Greaves, Thomas. 2002. «Etnicidad». En *Diccionario de teoría crítica y estudios culturales*. Payne, M. (comp.). 276-277. Paidós, Buenos Aires.
- Hall, Stuart. 1999. «Identidad cultural y diáspora». En *Pensar (en) los intersticios. Teoría y práctica de la crítica poscolonial*. Santiago Castro et al (eds). 131-145, Pontificia Universidad Javeriana, Bogotá.
- Haraway, Donna. 1995. *Ciencia, cyborgs y mujeres. La reinención de la naturaleza*. Cátedra, Madrid.
- Hobsbawm, Eric. 2003. *Historia del Siglo XX 1914-1991*. Crítica, Barcelona.
- Lacalle, Charo. 1996. «Subculturas juveniles: aproximaciones teóricas y metodológicas». En *Tribus urbanas. El ansia de identidad juvenil: entre el culto a la imagen y la autoafirmación a través de la violencia*. Costa, P.O., Pérez, J.M. y F. Tropea. 59-89. Paidós, Barcelona.
- Laclau, Ernesto. 1987. «Los nuevos movimientos sociales y la pluralidad de lo social». En *Revista Foro*. No. 4:3-11. Noviembre.

Lamas, Marta. 1995. «Cuerpo e identidad». En *Género e identidad. Ensayos sobre lo femenino y lo masculino*. 61-81. Ediciones Uniandes/Tercer Mundo Editores/Universidad Nacional, Bogotá.

López, María del Pilar. 1997. «Antropología y género en Colombia». En *Informes antropológicos. (Relaciones de género en los procesos de construcción social)*. N° 9:11-40. Instituto Colombiano de Antropología, Bogotá.

Maffi, Mario. 1975. *La cultura underground*. Anagrama, Barcelona.

Maffesoli, Michel. 1990. *El tiempo de las tribus*. Icaria, Barcelona.

Malinowski, Bronislaw. 1995. *Los argonautas del Pacífico occidental*. Península, Barcelona.

Margulis, Mario y Marcelo Urresti. 1998. «La construcción social de la condición de juventud». En *Viviendo a toda. Jóvenes, territorios culturales y nuevas sensibilidades*. Cubides, H. et al (eds.). 3-21. Universidad Central-Siglo del Hombre Editores, Bogotá.

Marín, Martha y Germán Muñoz. 2002. *Secretos de mutantes. Música y creación en las culturas juveniles*. Siglo del Hombre editores/Universidad Central –DIUC-. Bogotá.

Martín-Barbero, Jesús. 1998. «Jóvenes: des-orden cultural y palimpsestos de identidad». En *Viviendo a toda. Jóvenes, territorios culturales y nuevas sensibilidades*. Cubides, H. et al (eds.). 22-37. Universidad Central-Siglo del Hombre Editores, Bogotá.

Marx, Karl. 1977. *El capital—crítica de la economía política—Vol. III Fondo de Cultura Económica*, Bogotá.

\_\_\_\_\_. 1973. *Elementos fundamentales para la crítica de la economía política 1857-1858*. Siglo XXI, Buenos Aires.

Medina, Carlos. 2004. *8 y 9 de junio. Día del estudiante. Crónicas de violencia, 1929 y 1954*. Alquimia, Bogotá.

Meillassoux, Claude. 1998. «Clases y cuerpos sociales» en *Marx y el siglo XXI*. Renán Vega (ed.). 56-81. Ediciones Antropos, Bogotá.

Montecino, Sonia. 1995. «Identidades de género en América Latina: mestizajes, sacrificios y simultaneidades». En *Género e identidad. Ensayos sobre lo femenino y lo masculino*. 265-279. Ediciones Uniandes/Tercer Mundo Editores/Universidad Nacional, Bogotá.

Montenegro, Leonardo. 2004. «La cultura universitaria desde una visión de género. Propuesta para una investigación». En *Significados y perspectivas de culturas universitarias en Bogotá*. 55-66. Grupo Interuniversitario Investigare. Bogotá.

\_\_\_\_\_. 1997. *Pagar por el paraíso. Pobladores urbanos*. Tomo X, Geografía Humana de Colombia, Instituto Colombiano de Cultura Hispánica, Bogotá.

- Moore, Henrietta. 1991. *Antropología y feminismo*. Cátedra, Madrid.
- Morales, María Carolina. 2002. «¿Qué significa ser joven en Bogotá? “La trampa de la ausencia de canas”». En *Jóvenes: construcción de proyectos vitales*. Toro, J. y A.M. Ortegón (comps.). 113-125. Escuela de Administración de Negocios -EAN-. Bogotá.
- Mouffe, Chantal. 1994. «La democracia radical: ¿moderna o posmoderna?». En *Revista Foro*. No. 24, septiembre, 13-23.
- \_\_\_\_\_. 1993. «Feminismo, ciudadanía y política democrática radical». En *Debate feminista*. Año 4, Vol. 7, marzo, 3-22.
- Muñoz, Germán. 1998a. «Consumos culturales y nuevas sensibilidades». En *Viviendo a toda. Jóvenes, territorios culturales y nuevas sensibilidades*. Cubides, H. et al (eds.). 194-240. Universidad Central-Siglo del Hombre Editores, Bogotá
- \_\_\_\_\_. 1998b. «Identidades culturales e imaginarios colectivos. Las culturas juveniles urbanas vistas desde la cultura rock». En *Cultura, medios y sociedad*, Martín-Barbero, J. y F. López de la Roche (eds.). 263-273. CES/Universidad Nacional de Colombia, Bogotá.
- Muñoz, Oscar. 2004. «¡Acepto con sumo gusto, yo me dejo persuadir! Jóvenes, tribus urbanas y originales estrategias de sociabilidad en la posmodernidad». En [www.monografias.com/trabajos16/estrategias-sociabilidad/estrategias-sociabilidad.html](http://www.monografias.com/trabajos16/estrategias-sociabilidad/estrategias-sociabilidad.html).
- Ortega, Félix. 1999. «La quiebra de la identidad personal. El caso del género» en *Retos de la postmodernidad. Ciencias sociales y humanas*. García, F. y J. Monleón (eds.). Editorial Trotta, Madrid.
- Pérez, José Manuel. 1998. «El ansia de identidad juvenil y la educación. Del narcisismo mediático contemporáneo y las estrategias educativas». En *Viviendo a toda. Jóvenes, territorios culturales y nuevas sensibilidades*. Cubides, H. et al (eds.). 263-277. Universidad Central-Siglo del Hombre Editores, Bogotá.
- Pineda Giraldo, Roberto. 1994. «Antropología urbana, ciudad y región». En *Pobladores urbanos*. Arturo, J. (ed.). 73-96. Tercer Mundo/ICAN/COLCULTURA, Bogotá.
- PROEQUIDAD.(DNP/Presidencia de la República/GTZ). 1995. *Herramientas para construir equidad entre mujeres y hombres. (manual de capacitación)*. PROEQUIDAD, Santafé de Bogotá.
- Radcliffe-Brown, Alfred Reginald. 1972. *Estructura y función en la sociedad primitiva*. Península, Barcelona.
- Reguillo, Rossana. 2000. *Emergencia de culturas juveniles. Estrategias del desencanto*. Norma. Bogotá.
- \_\_\_\_\_. 1998. «El año dos mil, ética, política y estéticas: imaginarios, adscripciones y prácticas juveniles. Caso mexicano». En *Viviendo a toda. Jóvenes, territorios culturales y nuevas sensibilidades*. Cubides, H. et al (eds.). 57-82. Universidad Central-Siglo del Hombre Editores, Bogotá.

Restrepo, Eduardo. 2004. *Teorías contemporáneas de la etnicidad. Stuart Hall y Michel Foucault*. Universidad del Cauca, Popayán.

Sabaté, Ana, Rodríguez, Juana Ma. y Ma. Ángeles Díaz. 1995. *Mujeres, espacio y sociedad. Hacia una geografía del género*. Editorial Síntesis, Madrid.

Scott, Joan. 1990. «El género: una categoría útil para el análisis histórico». En *Historia y género: Las mujeres en la Europa Moderna y Contemporánea*. Edicions Alfons El Magnànim, Barcelona.

Serrano, José Fernando. 2004. *Menos querer más de la vida. Concepciones de vida y muerte en jóvenes urbanos*. Siglo del Hombre editores/Universidad Central –DIUC-, Bogotá.

\_\_\_\_\_. 2002. «¿El paraíso conservado? Moratorias sociales y tránsitos vitales». En *Culturas universitarias. Usos y aproximaciones a un concepto en construcción*. Alexis Pinilla, (comp.). 13-25. Grupo Investigare, Bogotá.

\_\_\_\_\_. 1998a. «“Somos el extremo de las cosas” o pistas para comprender culturas juveniles hoy». En *Viviendo a toda. Jóvenes, territorios culturales y nuevas sensibilidades*. Cubides, H. et al (eds.). 241-260. Universidad Central-Siglo del Hombre Editores, Bogotá

\_\_\_\_\_. 1998b. «La investigación sobre jóvenes: estudios de (y desde) las culturas». En *Cultura, medios y sociedad*, Martín-Barbero, J. y F. López de la Roche (eds.). 274-309. CES/Universidad Nacional de Colombia, Bogotá.

Stoler, Ann Laura. 1991. «Carnal Knowledge and Imperial Power: Gender, Race, and Morality in Colonial Asia». En *Gender at the Crossroads of Knowledge*. Di Leonardo, M. (ed.). 51-101. University of California Press, Berkeley.

Taylor, Anne-Christine. 1996. *Diccionario Akal de etnología y antropología*. Bonte, P. y M. Izard. (eds.). 258-259. Akal, Madrid.

Tubert, Silvia. 2003. «La crisis del concepto de género» en *Del sexo al género. Los equívocos de un concepto*. Tubert, S. (ed.). 7-37. Cátedra, Madrid.

Urresti, Marcelo. 2002. «Culturas juveniles» en *Términos críticos de sociología de la cultura*. Carlos Altamirano (Director). 46-49. Paidós, Buenos Aires.

Valenzuela, José Manuel. 1998. «Identidades juveniles». En *Viviendo a toda. Jóvenes, territorios culturales y nuevas sensibilidades*. Cubides, H. et al (Eds.). 38-45. Universidad Central-Siglo del Hombre Editores, Bogotá.

Vasco, Luis Guillermo. 2003. *Notas de viaje. Acerca de Marx y la antropología*. Universidad del Magdalena, Bogotá.

\_\_\_\_\_. 1994. *Lewis Henry Morgan: confesiones de amor y odio*. Universidad Nacional de Colombia, Bogotá.

Viveros, Mara. 2000. «Notas en torno de la categoría analítica de género». En *Ética: masculinidades y feminidades*. Robledo, A. y Y. Puyana (comp.). 56-88. CES/Universidad Nacional, Bogotá.

Zarzuri, Raúl. 1999. «Notas para una aproximación teórica a nuevas culturas juveniles: las tribus urbanas». En *Última Década*, No. 13. [www.colombiajoven.gov.co/injuve/paises/chile/](http://www.colombiajoven.gov.co/injuve/paises/chile/)